

Diario El Mundo. Cultura.

Miércoles, 5 de diciembre de 2007. Año: XVIII. Numero: 6562.

ANTONIO LUCAS

MIQUEL BARCELO / Artista

«Actuar en el Prado da morbo, tiene algo muy 'sexy'»

Vuelve Barceló untado en barro, hecho obra misma, para representar en el Casón del Buen Retiro 'Paso Doble', la 'performance' que desarrolla junto al coreógrafo Josef Nadj y que estrenó en el Festival de Aviñón

Llegó Miquel Barceló (Felanitx, 1957) e instaló su alfarería alucinada en las nuevas salas del Casón del Buen Retiro. Allí, junto al coreógrafo y bailarín Josef Nadj, representa Paso Doble -en dos únicas sesiones, ayer y hoy, y con ambientación del músico Alain Mahé-, una performance de vibraciones atávicas que estrenó el pasado verano en el Festival de Aviñón. Los dos creadores entran a saco en una tapia de arcilla inclinada, se hunden en ella, trepan, desintegran objetos de barro... Es la acción del buen salvaje, el arte como extenuación y santo sacramento de lo inesperado. Un respiro en el trabajo que está desarrollando el pintor mallorquín en el edificio de la ONU en Ginebra, un fresco de dimensiones monumentales en el que anda enredado: «Probando, buscando, como siempre».

Pregunta.- De la obra para la catedral de Mallorca a Paso Doble, ¿cómo ha sido el proceso?

Respuesta.- Le enseñé a Josef los vídeos sobre la preparación del altar para la catedral de Mallorca. Aquello suponía una escritura nueva y una forma para mí inédita de relacionarme con el barro. Fue Josef, por entonces director artístico del Festival de Aviñón, el que me propuso llevar esa acción a un escenario.

P.- ¿Y no le pareció raro?

R.- En absoluto. La idea me gustó mucho. Al principio la quisimos desarrollar con bailarines, pero la cosa no funcionaba. Así que decidimos hacerla entre nosotros dos. La conexión fue inmediata, tomó forma en pocos días. Y el hilo argumental de la pieza salió solo.

P.- ¿Su regreso a la performance después de su implicación con Taller Llúnatic, hace ahora 30 años?

R.- Así es. Pero ahora la obra somos nosotros. Y esa metamorfosis sucede de una manera muy natural.

P.- El barro lo es todo aquí, modelado a golpes, como una construcción desde la desintegración.

R.- Sí, tiene algo de eso. Y de atávico, de bestial y de salvaje. Utilizamos las manos, los codos, las piernas. Todo el cuerpo. Me gusta ese caos. Para empezar, el material que empleamos, la arcilla, podría ser una metáfora de la creación, con algo de bíblico. Muchas veces pienso en esos dibujos alucinantes que se han encontrado en algunas cuevas, hechos con los dedos sobre la arcilla. Tienen una rara modernidad. Es como la poesía, las palabras más viejas son las que vienen a decir lo nuevo.

P.- Y lo nuevo se dice aquí desde la fuerza física también...

R.- Es muy intenso. Josef supo ver muy bien lo que tiene este trabajo de tensión y de espectacularidad. Y para un bailarín es muy valiente la opción de no bailar sobre el escenario, aceptar ser soporte de la obra y asimilar los gestos de un pintor.

P.- Al final, la obra desaparece...

R.- Porque la pieza en verdad es lo que ha sido, lo que allí pasó. Por eso insistimos tanto en borrarla.

P.- No está muy lejos de aquellos trabajos suyos, Calaverina, que se degradaban hasta desaparecer.

R.- Es cierto. Me ha gustado siempre el sentido de lo efímero en el arte. Pero más que desaparecer, aquellos libros y papeles se transformaban en polvo, que aún es algo siendo nada.

P.- ¿Y su obra para la sede de la ONU en Ginebra?

R.- Bueno, esa espero que perdure mucho tiempo (risas).

P.- ¿Cómo va?

R.- Es un apuesta muy fuerte. La tenía perfectamente concebida, pero según avanzo voy cambiando el proyecto. No hay en ella nada premeditado. He tenido que replanteármelo todo. Podría haberla ejecutado ya, ¿sabes?, pero tenía algo fallido. El espacio es inmenso y eso me ha obligado a investigar de otra manera con la pintura. Es un buen ejercicio, pero muy duro.

P.- ¿Y radical?

R.- Radical lo es, sobre todo, Paso Doble. ¿Pero qué es lo radical? Para mí supone algo que viene de la raíz, de lo esencial. Tengo la sensación de que estamos en un momento acomodaticio, pero no por eso dejan de existir manifestaciones artísticas y sociales que se desmarcan de lo normal. A mí un buen cuadro ya me parece radical.

P.- ¿Esta performance es una renovación necesaria?

R.- Si no fuese así habría acabado con este proyecto desde la primera representación que hicimos en el Festival de Aviñón. De hecho, pensé hacerlo sólo una vez, pero me di cuenta de que era un campo de experimentación muy rico que me servía para asumir otros proyectos.

P.- ¿Por qué en el Prado?

R.- Sin duda porque es el mejor lugar posible. A mí este museo me da mucho morbo, es muy sexy. Además, fíjese: actuamos en la pared donde estuvo colgado el Guernica cuando regresó a España; y bajo la cúpula de Luca Giordano, que también tiene sex appeal. Toda la pintura que me gusta está aquí: Tintoretto, Patinir, Goya, Miguel Angel, Rafael, Veronés... La experiencia es fuerte. Muy excitante.

EL RUIDO Y LA FURIA

Toneladas de arcilla sobre una pared inesperada. El fresco de Luca Giordano preside con temblor barroco la sala noble del Casón del Buen Retiro y hace de cielo. Abajo, dos hombres del XXI vestidos de negro y con los puños hechos al golpe, al tacto del barro. Miquel Barceló y Josef Nadj se suben al escenario y allí, en un éxtasis sordo, en un cortocircuito de la razón, emprenden una obra que es la sinrazón del arte. Una performance que halla sentido en su misma desaparición.